

EL HIJO CRUCIFICADO, ROSTRO LUMINOSO DE LA MISERICORDIA DEL PADRE.

Sobre Lucas 23,33-49

1.- El rostro iluminado.

La travesía de la muerte es un trance de inmenso amor. El Hijo amado, que tomó nuestro barro quebradizo y mortal, abrazó la muerte nuestra hasta el fondo, hasta más allá del fondo. Nuestras lágrimas, en su rostro. “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” Así fue contemplado por Pablo y por Marcos.

- “Fuera de nosotros”. El Hijo muerto como un criminal crucificado. En la más absoluta de las noches. Sin levantes de la aurora. Hecho pecado por nosotros. Maldición en el madero. Él “por nosotros”, “fuera de nosotros”. Es un rostro de amor crucificado que nos provoca al asombro, más aún, al espanto. Cerrar la boca. Caer de rodillas.

- Pero Lucas ha contemplado la sonrisa de este rostro. La sonrisa que nace de la sombra; la alegría transfigurada, dada a luz en el dolor. Muere “para nosotros”, muere para que nosotros tomemos parte de su muerte. El continúa su pasión “en nosotros”, “a través de nosotros”. Su rostro de misericordia llamará a la compasión, a la conversión.

Es que Lucas está anunciando el Evangelio de la Pascua a una comunidad que peregrina en el Imperio romano, acosada por la persecución. Ya conoce el martirio de los hermanos. El rostro del crucificado ha alentado este martirio, y el rostro de los mártires es destello y exégesis del rostro del crucificado. Lucas se propone alentar el camino martirial de la Iglesia que peregrina entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios.

2.- Contado entre los criminales.

Ha terminado ya la marcha hacia el monte de la Calavera. Hemos salido fuera de las murallas. El palo vertical ya está clavado. Sobre el palo horizontal, desnudo, ha sido enclavado el Hijo del amor. Y levantado en alto, en pública vergüenza.

- A derecha e izquierda, dos malhechores. Posiblemente, guerrilleros zelotes, como Barrabás, que había hecho una revuelta y un asesinato. El imperialismo romano los ha condenado al último suplicio. La cruz es el último castigo. Se reserva sobre todo para los rebeldes, que luchan por un mundo nuevo. Es castigo cruelísimo y firme escarmiento. Ahora, el Hijo “ha sido contado entre los criminales”.

- En frente, en torno, el pueblo, que está mirando. No sale de su asombro. No grita ni se burla. Solamente contempla. Los poderosos, en cambio, hacen bromas. Las autoridades judías, la broma del Mesías de Dios, del Elegido. Los soldados romanos, la broma del rebelde que había querido ser rey de los judíos. Y le dan vinagre. Para prolongar la vida y la broma. No es el desafío dramático de poder a poder, sino el juego cómico que el poder hace de la ternura desarmada.

Increíble parece. “Contado entre los criminales”. Acorralado por los malhechores. “Me taladran las manos y los pies. Me miran triunfantes, se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica”. El Hijo está ahora colgado como un maldito. Sobre el madero, una extraña

palabra: “Rey”. La había llevado colgada al cuello hasta el lugar del suplicio. Ahora, puesta sobre el madero. ¿Será una burla o una aclamación? ¿No era éste al que aclamaba el pueblo: “Hosanna al Rey, bendito el rey que viene en nombre del Señor. Paz en el cielo y gloria en las alturas”?

3.- El gesto del perdón.

Jesús, la misericordia entrañable del Padre, se desentraña ahora y se desborda. Las manos extendidas a los hermanos, el rostro levantado hacia el Padre. “PADRE, PERDÓNANOS PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN”.

- “*Padre*” es una exclamación. La misma del huerto de los olivos. Entonces la exclamación la gritaba vuelto a los hermanos desde el Padre. Antes acogía su misericordia. Ahora la ofrece. Pero antes y ahora es el grito del Hijo amado, del Hijo pequeño, del Hijo que vive en unión íntima e inseparable con la voluntad de amor del Padre de la misericordia.

- “*Perdónalos*”. En la mesa y en el camino, el Hijo había anunciado el amor inmenso y excesivo. El amor de la misericordia, como el Padre tiene y es. En la agresividad y en el rechazo es cuando el amor se excede y aparece como gracia. Ahora hace lo que dice. Acoger los golpes, poner la otra mejilla. Los mártires antiguos, con las palabras mismas de los salmos, pedían justicia. El Hijo suplica el perdón. “Al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer no profería amenazas”.

- “*No saben lo que hacen*”. El no tiene culpas propias, como proclamaba el malhechor bueno. Pero toma las nuestras. “Indefenso, se entregó a la muerte y fue contado entre los malhechores. Cuando él llevó los pecados de muchos e intercedió por los rebeldes”. Lo asombroso es que su intercesión es una disculpa. Dis-culpa nuestras culpas. “Ya sé, hermanos, que obrasteis por ignorancia”. Cerraron las manos, porque no lo sabían, porque no les cabía en ellas la inmensa misericordia. Parece como que la culpa la tenía él.

Ellos, con los brazos levantados y las manos cerradas. El, con las manos enteramente abiertas y ofrecidas. Nuestro pecado no es la última palabra. El desenlace de la maldición no está en nuestras manos. El Hijo del amor desbordó la bendición de la misericordia sobre nuestras culpas, que, a sus ojos, eran como la travesura de los hermanos menores. Casi sólo un despiste, una ignorancia.

4.- El gesto de la acogida.

Uno de los malhechores le ha contemplado de cerca. Y se ha conmovido su corazón. Se siente pecador y se acoge al rostro de la misericordia. “Y dijo: Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino”. Extraña palabra. El malhechor cree que Jesús, en el madero, va a entrar en el reino y que será suyo. La mesa común del Padre ya se pone ahora, y Jesús puede sentar a los hermanos en torno a ella. Jesús le dice: “EN VERDAD, EN VERDAD TE DIGO: HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO”.

- Jesús le acoge entre sus brazos. Como el Padre del hijo pródigo. Y sobrepasa su petición. A los hijos del Zebedeo, que querían un puesto a la mesa, les habla del martirio compartido y de las disposiciones del Padre. Jesús, al ladrón que sólo le pide un recuerdo, le sienta ya a la mesa. Le acoge entre sus brazos y le sienta a la

mesa. Es el escándalo de los caminos. La mesa a los pecadores. La acogida entre los brazos del que parecía un malhechor más.

- *“En verdad, en verdad te digo”*. El “amén” tiene aquí una fuerza desacostumbrada y única. Es la palabra de autoridad y representación. Está dicha de parte del Padre, en re-presentación del Padre. Jesús siempre la decía cuando hablaba de la mesa del reino a los pequeños y cómo estos tenían que acogerla con las manos vacías y abiertas. Es el Padre de la misericordia quien acoge en él, quien habla en él.

- *“Hoy”*. Palabra fuerte y nueva. Es la comunidad de mesa, de salvación y de vida ofrecida ya ahora al malhechor. Resuena el “hoy” del pesebre, el de la sinagoga de Nazaret, el de la curación de los pobres, el de la acogida de los publicanos. “Hoy mismo”, “hoy ya”. A un criminal ajusticiado. Dicho por el que está en el mismo suplicio. ¿Es posible otra comunión mayor de amor? Ahora ya está puesta la mesa. Ahora ya se ha iniciado el paraíso. Jesús mismo es la mesa y el paraíso. “Estar con él” es la bienaventuranza plena y cumplida.

La misericordia desbordada sobre la miseria ha acogido a la miseria. El escándalo de mesa se ha consumado en el escándalo de la cruz. El Hijo amado, vuelto a nosotros, es misericordia del Padre desentrañada. Es su acogida.

5.- El gesto de la entrada.

El Hijo amado ha quedado suspendido entre el cielo y la tierra. Ha abierto los brazos para acoger a los hermanos y entrañarlos en sus entrañas. Por eso se hace ahora puerta de entrada. Es verdad que el amor crucificado es adorado por la creación que se pone a llorar. “Era ya cerca de la hora sexta cuando al eclipsarse el sol, hubo oscuridad sobre t la tierra hasta la hora nona”. Pero “el velo del templo se rasgó por medio”. La puerta a las entrañas del Padre está abierta ya. El muro de separación que nos separaba de él y nos separaba a unos de otros ha sido ya derribado. Jesús exclama su última oración: “PADRE, A TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU”.

- *“Padre”*. Por último la misma palabra del Hijo amado que ahora se vuelve de nuevo a las entrañas de su Padre. Es una palabra propia del niño que se queda dormido en el regazo de aquel que le engendró. Es el salmo de la entrada en la paz del sueño. “A ti, Señor, me acojo. . .Tú eres mi roca y mi baluarte... porque tú eres mi amparo. A tus manos encomiendo mi espíritu”. De la confianza al abandono. El Hijo se refugia, se esconde en el seno del Padre.

- *“Encomiendo mi espíritu”*. Sus manos ahora pasan a las manos del Padre. El amor ha llegado a su consumación. Es la vuelta pacífica que acaba de iluminar su rostro. La muerte es el exceso de la misericordia que nos acoge y nos arrastra hasta su manantial. Más que horror y espanto, sentimos admiración, compasión, compunción. Nos sentimos atraídos a entrar a este camino del retorno, al misterioso hogar del Padre.

- *“Dándose golpes de pecho”*. Por esta puerta de sus manos entra el centurión que ahora se convierte en una aclamación de alabanza al Padre. Por esa puerta entra la gente que se siente con el corazón destrozado, como quien no tiene remedio, sino con la inmensa confianza de los hijos, que han sido definitivamente acogidos en el seno del Padre. Hasta los discípulos que miran de lejos son reencontrados, para una nueva creación.

“Por él tenemos entrada al Padre en un mismo Espíritu”. Efectivamente, este Espíritu que el Hijo del amor alienta en el Padre nos lo ha compartido a nosotros para que lo alentemos con él. Y esta inmensa misericordia nos conmueve. Con el corazón desgarrado, tenemos que preguntamos: ¿qué hemos de hacer, hermanos? Seguro que el Señor resucitado, a la cabecera de la mesa, nos va a partir el pan para que reemprendamos con él el camino. Con un solo corazón y una sola alma, como único es el pan. Y sobre las únicas huellas, todavía recientes, más todavía nuevas y vivas hoy. “Por el camino nuevo y vivo abierto por El para nosotros”.

NUESTRA INTERMINABLE ACLAMACIÓN

“En verdad es justo y necesario aclamar con nuestras voces
y con todo el afecto del corazón al Dios invisible, el Padre todopoderoso,
y a su único Hijo, nuestro Señor Jesucristo,
porque él ha pagado por nosotros al eterno Padre la deuda de Adán...”

“¿De qué nos serviría haber nacido
si no hubiéramos sido rescatados?
¿Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros!
¡Qué incomparable ternura y caridad!
¡Para rescatar al esclavo, entregaste al Hijo!
¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!

Aleluya. Amén. Pascua del Señor '86.

Marcelino Legido López